

El primer diseñador

Cuando era estudiante de arquitectura, me di cuenta de que Alberto, Godo y Claudio, nuestros maestros, estaban abocados a la carrera de diseño, y yo quería estar en clases con los dioses del Olimpo, cuando por alguna razón, Zeus, que era Alberto, bajó del Olimpo y me habló. Alberto nunca nos hablaba, no daba clases, iba dando charlas en las que explicaba su pensamiento. Entonces, bien serio, me dice: «¡Garfías!, vamos al Patio de la palmera a conversar». Mientras todos mis compañeros, pegados a la ventana, miraban la escena pensando que me iban a echar.

—¡Tú te cambias a diseño! Eres la persona que necesitamos.

—Pero, Alberto, si a mí me costó mucho convencer a mi papá de estudiar arquitectura: ¡yo iba a ser abogado!

En **1977**, me titulé de diseñador gráfico con el proyecto «19 poemas de amor a Dido», de Giuseppe Ungaretti, teniendo como profesores guías a Claudio Girola y Godofredo Iommi. El libro de autor era una caja negra que contenía 19 cuadernillos donde cada uno llevaba el poema en español e italiano, un grabado y la partitura de cada poema compuesta por Alejandro Guarello para un quinteto de cuerdas.

La ceremonia se realizó en una gran sala con ventanal que mira al Patio de la Palmera y al océano Pacífico. Estaban invitados los profesores, los estudiantes y mi familia. El acto comenzó con la lectura del primer poema de Ungaretti recitado en italiano por Godo, vestido de toga blanca, con sus medias rojas apretadas, como bufón del Renacimiento, seguido por el quinteto de cuerdas que tocaba la primera parte dirigida por Guarello. Y así sucesivamente hasta terminar con el poema 19.

Para Girola y Iommi, este fue el primer proyecto dirigido en conjunto, teniéndome a mí como

conejiillo de Indias, porque fueron muchas las investigaciones y composiciones previas del diseño tipográfico, los dibujos para los grabados, la diagramación, impresión y encuadernación. Se imprimieron 25 ejemplares, que incluían un casete con las composiciones.

Creo que ese proyecto fue el más «mediático» que hubo hasta entonces en la Escuela, y fue la única vez que mi familia estuvo ahí. Saqué una nota distinguida, aplausos (casi la medalla de Zeus) y, cuando íbamos en el auto de vuelta a la casa, mi papá dijo:

—¡Estoy tan orgulloso de mi hijo arquitecto!

—¡Pero, papá, soy diseñador!

—Sí, estas nuevas especialidades de arquitectura no las conocía...

Y me quedé callado.

Hernán Garfías Arze